

pues, porque las casas de Valparaíso son de un color rojizo muy semejante al de los cerros que tienen a su espalda.

Seguimos caminando, y á poco se distinguía hácia el Sur, la ciudad de Serena, con sus bonitas casas pintadas de blanco y sus iglesias, que se veían aquí y ahí por entre las espesas arboledas.

El camino de esta poblacion se dibujaba claramente por una calzada muy amena que conducia á Valparaíso con algunas pequeñas poblaciones de intermedio.

Cuando salió el sol, entónces destacaron los edificios del puerto iluminados con sus rayos, apareciendo entónces la ciudad con toda su magnífica apariencia, la bahía con sus centenares de buques anclados, cuyos mástiles y oscuras chimeneas formaban un concierto pictórico con la forma de los edificios.

Nuestro vapor caminaba hácia el Occidente y esto era causa de que el conjunto que teníamos á la vista iluminado de frente con el sol de la mañana,

tuviera un tinte color de rosa, cuyo fondo azulado y parduzco de los montes, le comunicaba una frescura y un efecto encantador.

Serían las siete, cuando se distinguieron mas los detalles de todos los objetos.

Estábamos en la bahía: nuestro buque se veía rodeado por todas partes de embarcaciones de diversos portes y distintas nacionalidades.

Algunos vapores de guerra chilenos estaban surtos á los lados de la ruta que llevábamos; las tripulaciones y oficialidad se hallaban sobre cubierta presenciando la entrada de nuestro vapor, cuya tripulacion y pasajeros, al llegar frente á ellos, los saludaban calurosamente con entusiastas vivas á Chile, á la Marina y al ejército, mezclando alguno que otro muera al Perú.

El contento de los que íbamos á bordo era extremado, porque los chilenos tocaban su puerto querido y al llegar á él terminaban los trabajos de todos.

No obstante los muchos chilenos que

fueron desembarcando en los diversos puertos de Chile, todavía nuestro vapor iba recargado de pasajeros y costó verdadero trabajo desembarcar de él porque todo el mundo quería efectuarlo simultáneamente.

Con mil trabajos y entre el cieno, los empellones y la apretura, desembarqué yo en mi lancha que me condujo á tierra en ménos de diez minutos, pues los vapores en Valparaiso quedan anclados frente á la aduana á dos ó tres cuadras cuando mas.

Ya te dije, María, que llegué á una grada que está frente á la aduana y allí, aunque á riesgo de recibir un baño por la subida y baja de la reventazón, puse el pié en tierra dando un atrevido salto desde la lancha.

Después de hospedarme en el Hotel del Comercio, como igualmente te dije en mi anterior, salí á tomar posesion de la ciudad.

Esta es de un aspecto magnífico; sus edificios, calles adoquinadas, tersas banquetas y esmerada limpieza, pueden

hacer paralelo con las mejores de Europa.

Al ir entrando á Valparaiso me pareció llegar á San Francisco California por la majestad de sus edificios, los mas de ellos con hermosos pórticos, columnatas en la parte superior de las fachadas del orden dórico y jónico, y muchas del orden corintio, que dan á la ciudad un aspecto monumental greco-romano.

Los frentes de todos los edificios, hasta los de las casas de los suburbios, están pintados al óleo con medios colores que hacen simpática su vista.

En todo el largo de la bahía, corre una prolongada hilera de grandes almacenes con puertas que miran al mar, y á su espalda otras que caen á una de las calles principales, siendo de éstas la mas notable y extensa la de Cookrane, que corre de Sur á Norte, hace una curva hácia esta parte y desemboca á la plaza del teatro, que fué incendiado hace pocas noches, enlazándose en seguida con las calles de San Juan de

Dios, la plaza de la Independencia y calle del mismo nombre, que se prolonga al Este á mucha distancia.

En la calle de Cockrane se miran grandiosos almacenes de todo género, que por un momento trasportan al viajero á Paris ó á Lóndres, por su riqueza y grandes dimensiones.

La calle de San Juan de Dios y la de la Independencia poseen muchos almacenes por mayor, pero especialmente son tiendas al pormenor, como nuestros cajones de ropa, mercerías, etc., en las calles de Plateros, San Francisco, Monterilla, el Refugio, la Palma y otras.

La planta de la ciudad de Valparaíso es un poco irregular, no en el nivel del pavimento, sino en la posición de sus calles por lo entrante de la falda de los cerros, aunque una parte de éstos tienen casas en su altura, que mezcladas á los árboles, dan á la ciudad un aspecto pintoresco, y si se sube á ellos, se disfruta desde esas casitas aéreas de la hermosa perspectiva del mar, del bosque de mástiles y chimeneas de los va-

pores, y de la extensa media luna que forma Valparaíso con la playa de la bahía.

La plaza de la Independencia está bellamente decorada con árboles bien podados, asientos de bronce, estatuas del mismo metal en su circunferencia, y una magnífica fuente, cuyo tazon está sostenido por figuras mitológicas de ninfas, faunos y nereidas en el receptáculo, arrojando agua con cuernos marinos.

En el extremo oriental de la calle de la Independencia, hay otra hermosa fuente coronada con la estatua colosal de Cockrane; este monumento está colocado en el vértice que forman dos largas calles que corren á Sudeste y á Nordeste y resultan al extremo oriental de la ciudad.

La plaza del mercado es muy extensa y monumental, construida de cantera y ladrillo, con todos sus departamentos correspondientes para los diversos artículos de comercio en carnes, frutas, legumbres, etc., colocados con aseo y

buen orden en cajones y mesas y no en el suelo, como se mira en otros países.

Se puede asegurar que Valparaiso es uno de los primeros puertos del Pacífico, bajo todos aspectos; pero aún más por la magnificencia de sus edificios, que son mejores que los de San Francisco California, sus calles más aseadas que las de esta ciudad y su comercio casi tan importante como el de ella; solamente que Valparaiso es más pequeño, que á no ser esto, sería su rival y tal vez le sacaría alguna ventaja; porque California, entre sus buenos edificios, que son de ladrillo y una costra de hierro, tiene la mayor parte de madera, y en cuanto á aseo no es muy pulcra que digamos; mientras que las dos terceras partes de los edificios de Valparaiso son de cantera y monumentales en su construcción arquitectónica, que bien podría autorizarnos á decir que era una ciudad griega del tiempo de Temístocles y Agamenon.

En cuanto á la fisonomía social de Valparaiso, yo no distingo en ella nada

de americano si no es en las mujeres, que tienen la belleza de esta parte del mundo: magníficos ojos negros y un conjunto voluptuoso y tentador; pero en cuanto al traje, costumbres y comidas, está uno en plena Europa y sería necesario permanecer en la ciudad algunos meses para conocer bien su sociedad íntima y especialmente la clase media, que es la que en general marca el tipo nacional en todos los países, para poder descubrir el carácter peculiar de la sociedad chilena y en especial el de la de este puerto.

El pueblo aquí poco se distingue también, si no es en la gente que trabaja, que viste á la europea: no ví yo esos ensabanados, ni esa gente descalza y vestida de harapos que en otras partes; será acaso porque las instituciones chilenas son mejores que en otras partes, que no consienten la vagancia, protejen el trabajo y persiguen con eficacia el crimen en todas sus manifestaciones.

Chile, como he sabido, optó despues